

MEMORIAS CIENTÍFICAS.

MEDICINA.—Elojio del doctor don Jorge Petit; sistemas en medicinas. Discurso de don Adolfo Murillo para incorporarse en la Facultad de medicina.

Señores:

El 13 de setiembre de 1869 pasaba algo de extraordinario en esta buena ciudad de Santiago. Numerosos grupos de personas se dirijian tristes i cabisbajos al barrio sur de la Alameda; la calle, en poco tiempo, se hizo estrecha para contener la cantidad de carruajes que afluian al mismo sitio. En medio de ese agrupamiento tumultuoso, que se estrechaba con relijioso silencio, se notaba a la Facultad i a la Escuela de medicina, de riguroso luto, como tambien a esos abnegados defensores de la propiedad cuyos elementos son el agua i el fuego. ¿Qué pasaba en ese dia para que la sociedad casi entera se conmoviera tan profundamente i diera muestra de un duelo tan jeneral i tan sincero? ¿Por qué la Facultad de medicina vestia tan riguroso luto? ¿Por qué la Escuela de medicina habia enmudecido i se agrupaba con tan tierna solicitud en ese sitio? ¿Por qué esos jenerosos bomberos, dando de mano a sus ocupaciones ordinarias, enlutaban sus instrumentos de salvacion i de trabajo? Ah! señores.....era que el doctor don Jorge Petit habia muerto.

Del sabio i humanitario médico, del ilustre ciudadano, del buen amigo, del profesor distinguido, del hombre de gran corazon i de brillante intelijencia, no quedaban mas que los restos. Su alma habíase elevado a mejores destinos i solo su cuerpo quedaba aquí abajo. Era necesario prestarle el primer servicio de los muertos, atestiguar con las lágrimas i con la presencia el dolor profundo con que a todos aquejaba su sensible pérdida, manifestar el sentimiento tan intimo de que todos se encontraban poseidos.

El amigo iba a darle al borde del sepulcro, ese frío dintel que nos separa de la eternidad, su último adiós; el cliente iba a manifestarle su reconocimiento por haberlo librado de los brazos de ese espectro que él combatía con tanta habilidad, i ante el cual debía caer más tarde fatigado por la lucha constante que había sostenido; la sociedad se apresuraba a atestiguar su reconocimiento, sus respeto i sus simpatías al hombre de corazón i de talento que sacrificaba hasta las horas destinadas al reposo para servirla; la Facultad de medicina iba a despedirse del astro más brillante que luciera en su seno; la Escuela médica, abatida por el golpe que su suerte le deparara en su más hábil profesor, debía estrecharse al rededor de su tumba para recibir la última lección que le daba el maestro en la manifestación pública i brillante que se le tributaba.

Por eso los funerales que se tributaron al doctor Petit, fueron tan notables i su acompañamiento tan extraordinariamente numeroso. Nada había en ellos que recordara el aparato fastoso, pero frío de los actos oficiales. Fueron la espontánea manifestación del duelo de un pueblo ilustrado que con religioso sentimiento se agolpaba a tributar el último homenaje debido a la virtud, al talento, a la honorabilidad, a la ciencia. El carro fúnebre, arrastrado por las manos de sus amigos, de sus colegas i de sus discípulos, era escoltado por todo lo que la capital tiene de más valier, de más honorable, de más distinguido, de más importancia, sin distinción de colores políticos i aun sin distinción de clases. El respetuoso recojimiento de que todos se encontraban poseídos, apenas era turbado por los sonidos lastimeros de la corneta destemplada que una de las compañías de bomberos, de que era cirujano, anunciaba el triste suceso.

En su lento curso, el acompañamiento fúnebre íbase aumentando, i al acercarse al lugar en que reposan tantas existencias que nos han sido queridas, había tomado una proporción asombrosa.

- El corto momento de la despedida última, fué la conmoción de muchos, el llanto de los más, la turbación de todos.

- Al salir, llevábase el vacío.

- La sociedad había perdido para siempre uno de sus miembros más honorables i humanitarios; vosotros, uno de vuestros más

leales i distinguidos colegas; i la pobre escuela médica, tan azotada cruelmente desde hace pocos años, una de las mas eminentes figuras que haya honrado sus aulas, alcanzando a guiar con su talento i su fácil palabra a tres cursos sucesivos.

Al considerar, señores, que la bondadosa deferencia que habeis tenido conmigo, llamándome por la unanimidad de vuestros sufragios a ocupar un puesto en vuestras filas, para ayudaros en la hermosa tarea que os está trazada en la marcha científica del país, me impone una responsabilidad que no está a la altura de mis fuerzas, mi espíritu ha vacilado, i me he sentido todavía mas conmovido al pensar que era llamado a sentarme en el lugar que ha dejado vacío la muerte del hombre cuyo duelo, sentido por la sociedad entera, os acabo de trazar a grandes pinceladas.

Creo interpretar vuestro pensamiento al espresar el mio: la muerte del doctor Petit ha dejado un vacío irreparable que solo el tiempo podrá llenar. Se puede ocupar la vacante que ha dejado en esta honorable corporacion; pero no se le puede reemplazar. Puede, el que haya obtenido vuestros sufragios, sentarse en el puesto que ocupaba; pero no alcanzará a suplir su falta.

Solo el deseo de calentarme con vuestro entusiasmo, de embeberme en vuestras ideas de progreso i de adelantar en mi carrera, pidiendo al que ocupara con tanta brillantez este sitio me ampare con su prestigioso nombre i me sostenga con su espíritu, que se ajita en mejores rejiones, a la vez que la gratitud que os debo, pueden decidirme a aceptar tan honrosa distincion viniendo ahora a llenar las formalidades que los estatutos universitarios me prescriben.

No creais, de ningun modo, que mi palabra se alce inspirada por la gratitud que debiera al hombre cuyo elogio me honro de hacer, porque jamás debíle un servicio, ni por la lisonja rastreara que circunda a los grandes, porque poco ha dejado tras de sí, ni por la amistad estrecha que borra los defectos i ensalza lo que poco merece, porque no fuí su amigo i apenas conocílo en la práctica ruda de nuestra profesion. Mi palabra será la inspiracion de mi conciencia i de la conciencia de todos, que vieron siempre en mi distinguido predecesor una alma noble i

desprendida, una inteligencia brillante i distinguida, sentimientos elevados i dignos. Será la manifestacion imparcial i justa que merece el hombre cuya vida se pasó entre el bien i la virtud, entre la ciencia i el arte, entre el enfermo i el libro, entre la caridad que eleva i la severidad que sostiene.

Hai, en verdad, bien pocas vidas tan perfectamente llenadas como la del doctor Petit. Desde que recibió su título de médico, no conoció el reposo. Los quehaceres, las obligaciones i los enfermos absorbieron completamente toda su existencia.

Los placeres que da el descanso, fueron apenas meteoros pasajeros que cruzaron con veloz carrera el cielo nebuloso de su agitada vida. Para él, siguiendo la sentencia del *Jénesis*, vivir fué trabajar. I fué este afanoso empeño por el trabajo, esa agitacion incesante i todos los dias renovada, la que debió conducirle a pasos precipitados al sepulcro, cuando su inteligencia era jóven, cuando su cuerpo no había sido doblegado por el peso de los años, cuando su talento, maduro por una vastísima práctica i por un estudio sostenido, daba los frutos preciosos que teniamos derecho de esperar.

Si la duracion de la vida se avaluara, no por los dias i los años que se suceden unos tras otros, no por el número de salidas i ocultaciones del sol, sino por la actividad desplegada, por los servicios hechos, por los trabajos realizados, por las impresiones recibidas, por el número de las obligaciones llenadas, de los deberes cumplidos o por la elaboracion intelectual, pocas habria como la de mi honorable antecesor. Así, los cincuenta i siete años que pasó Petit aquí abajo, valen lo que uno o mas siglos para tantos otros de nuestros prójimos que no hacen mas que dormir, comer i ocuparse de la chismografía.

I es así como debía contarse la existencia; i es así como es mas fructuosa para el individuo i para la sociedad. Vivir en la inteligencia diez años por lo que otros viven veinte, es una noble aspiracion, una emulacion digna de todo espíritu que trata de agitarse fuera del estrecho círculo de las pequeñas pasiones i de los pequeños intereses que nos ocupan i que nos dividen.

Jorge Petit, que vivia con un espíritu mas elevado que el de la jeneralidad, pensaba de ese modo.

Creia que todo hombre tiene obligaciones que llenar para

con la humanidad por el hecho de serlo. En esta inmensa cadena que se empuja desde Adán con anheloso empeño para conseguir una mejor situación, cada cual debe poner en contribucion su inteligencia i su trabajo al servicio de los demás. Si así no fuera, el egoísmo seria la primera regla i la disolucion social la consecuencia lójica de esa conducta.

El brazo que amasa el fierro i lo emplea en las artes; el gañan que pisotea el barro, el artista que forma i que construye, el médico que conserva la salud i prolonga vida, el sacerdote que lleva las almas a la contemplacion de otras esferas, el estadista que mejora las condiciones de los pueblos, la inteligencia que descubre i crea, el ingeniero que horada las elevadas montañas i cubre de alambres i de rieles los caminos, todos contribuyen a esa aspiracion universal, todos ellos desempeñan su mision.

Por las altas dotes de su inteligencia i de su carácter, i por estar poseido de esas mismas ideas, fué por lo que vuestro honorable colega pudo prestar tan numerosos servicios, pudo ser tan útil i llenar una mision tan bienhechora.

El rápido bosquejo que voi a trazar de su vida, os probará hasta dónde tengo razon para avanzar los conceptos que hasta aquí llevo emitidos.

Jorje Hércules Petit, antiguo alumno interno de los hospitales de París, prosector de anatomía, ex-redactor de la *Gazette médicale*, miembro de la Facultad de medicina de la Universidad de Chile, profesor de clínica interna en la misma Universidad, nació en Baillif de la Guadalupe, en esa parte de la isla conocida con el nombre de *Basse-terre*, formada por altas cadenas de montañas arboladas, de carácter volcánico, que van a terminar en el mar por medio de profundos barrancos, pero que contiene una rica vejetacion tropical. Sus padres eran acomodados i poseian vastas plantaciones de cañas de azúcar, cuyo cultivo forma la principal ocupacion i casi la única riqueza de la isla.

Los primeros años de Petit, se pasaron en esa bulliciosa alegría de la niñez que forma el encanto de la vida, sin que ninguna circunstancia, que yo sepa, hiciera presentir nada para el porvenir ni descubriera sus aptitudes. Su imaginacion viva i lijera, como todas las de los hijos de los trópicos, acaso

no pensaba mas que en recibir i obtener las caricias maternales, de las que apenas ¡ah! alcanzaria a gozar; porque la muerte debia dejarlo huérfano a los cinco años de edad; arrebatándole a su madre.

Tan pronto como estuvo el niño en estado de recibir la educacion que merecia por su posicion social, su padre envióle a Ayen (en Burdeos), donde debia llevar la vida del internado durante el tiempo que durase su aprendizaje. Ahí se encontró el pobre niño sin mayores relaciones i en el estado de desesperacion consiguiente a la ruptura completa de sus antiguos hábitos. Su nueva situacion debió serle penosa i en mas de una ocasion hubiera querido salvar las murallas del edificio en que estaba encerrado para triscar libre i jadeante en las selvas tupidas de sus montañas i de sus cañaverales. Empero, el hijo de los trópicos tomó su determinacion. La caña abatida por el golpe irguióse con el rocío del estudio; i su intelijencia viva i despejada, debia conquistarle bien pronto los laureles a que su aplicacion i su rápido aprovechamiento le daban derecho. A los seis años de permanencia en Burdeos, concluia sus estudios preparatorios, conquistaba en 1830 el diploma de bachiller en letras, i se ponía en aptitud de abrazar una carrera profesional.

Enviólo entonces su padre a París para que estudiara la medicina.

¿Pero cómo hacer para que el jóven tuviera los recursos suficientes en ese centro científico; cómo hacer para que nada le faltara a tan larga distancia, cuando él (su padre) no tenia ahí ningun pariente ni ningun amigo de confianza a quien encomendarle la direccion de su querido hijo? Con poca experiencia de la vida, sin conocer a fondo las tendencias de la juventud; confiado quizás en el carácter del hijo, o por uno de esos caprichos o ideas estrañas, el padre del jóven Petit entrególe casi una fortuna, para costearle todos los gastos que su permanencia i aprendizaje podia demandarle hasta obtener el título que ambicionaba.

Al partir para ese paraíso de la juventud, para ese *pandemonium* que se llama París; nueva Atenas por la enseñanza, el jóven estudiante llevaba de quince a veinte mil francos en su cartera

i el espíritu confortado con las alhagüeñas ilusiones que su fortuna le permitía hacer:

¿Qué iba a ser del jóven Petit en ese París de los cafés cantantes, de los bailes públicos, de los teatros, de los espectáculos i de las curiosidades? ¿Qué iba a ser de ese jóven que por primera vez pisaba la pendiente resbaladiza de esa gran ciudad, donde hai lugar para todos los placeres, para todas las diversiones i en que por todas partes se habla a los sentidos? ¿Qué iba a ser de ese jóven de pasiones meridionales, de inteligencia viva, cuyo vigor i desarrollo habia sido precipitado por el calor de la tierra en que habia nacido?

¿Qué sería de esos veinte mil francos, cuantiosa fortuna para un jóven como Petit que franqueaba apenas los umbrales de la vida e iba a entrar en una sociedad desconocida para él? ¿Serían su salvacion? Sería su pérdida? El aplicado estudiante de Ayen ¿se dejaría arrullar por los placeres, o cobrando nueva animación, salvaría el precipicio i se echaría anheloso en los brazos de la ciencia? ¿Iria a buscar los pasatiempos que enervan o el estudio que eleva i dignifica?

Cuando, como Jobert de Lamballe, como Thenard, como Velpeau, o tantas otras ilustraciones de la Francia, se llegaba un centro de ilustración como ese cerebro hirviente de la Europa que se llama París, con la bolsa vacía, pero rico en esperanzas i en ilusiones de todo género, se comprende que el trabajo puede ser la única aspiración del jóven que sueña con mejores destinos; mas no así cuando se tiene en el bolsillo lo que representa la vida sin privaciones, la felicidad de algunos años sin inquietudes.

El jóven colono, sin embargo, tuvo bastante talento i bastante carácter para escojer el camino que debia llevarle a ser mas tarde un hombre útil a la sociedad.

Esos miles de francos que poco debieran durante, por la juvenosidad de su carácter, empleólos en el bien; i la escasez futura llegó a ser el móvil de un incansante trabajo.

Fiel a los antecedentes que lo acompañaban desde el lugar en que hiciera sus estudios de humanidades, constante con el propósito que se habia formado, leal a las promesas que hiciera al autor de sus dias, sin desmentir la inteligencia clara i fogosa

que en su semblante se reflejaba, Petit tomaba su primera inscripcion en la Facultad de medicina en el mes de noviembre de 1830, siendo nombrado estérno, de los hospitales, con Marjalín i Blandin, dos años mas tarde, en atencion a sus rápidos progresos.

Desde esta época, el jóven Petit se entregó al estudio con una constancia i un teson admirables. Todo el día pasábalo en oír las lecciones de los más afamados maestros, yendo a terminar la noche sobre los libros; esos buenos compañeros que nunca debia abandonar.

Su anhelo por la ciencia llegó a ser febril. Nada habia que lo contuviera en su ardoroso empeño por formarse un lugar i un nombre entre esa falanje de espíritus que clamaban por la luz, i que brotaba a raudales de estos titanes del jenio o de esos ilustrados profesores que se llamaban Cruveilhier, Roux, Dupuytren, Sanson, Broussais, Andral, Paul Dubois, Orfila, Bouillaud, Rostan, Martin Solon, Laennec, Velpeau, Rayer, i de esa otra inteligencia distinguida que recién se levantaba en la aurora de una reaccion médica: Trousseau.

Su ambicion debia bien luego quedar en gran parte satisfecha.

En 1834 se abria un concurso para la admision de quince internos en los hospitales. Presentáronse a esa lid lo mas distinguido de la juventud estudiosa. Petit, notadlo bien, obtuvo el primer lugar en el concurso. Detrás de él habian quedado muchos de esos hombres que forman hoi la gloria médica de la Francia.

Esta distincion que una comision severa hacia con un jóven que no tenia mas apoyo que el de su inteligencia, que habia nacido fuera de la Francia, que se encontraba solo i sin relaciones en un centro apartado del lugar de su nacimiento, debió llenar su alma de un justo orgullo i lo empeñó a continuar la afanosa vida de los concursos con una mayor decision.

Poco tiempo después, era nombrado prosector de anatomía de Clamart, en un concurso no menós brillante que el anterior, en el que el celebre anatomista Sapey, profesor hoi de la escuela de París, se habia presentado como contendor. ¡Qué honor i qué triunfo!

El horizonte se habia ensanchado despejándose para el jóven

Petit. Habia vencido las mayores dificultades de la carrera i el porvenir presentábasele risueño. ¿Qué podria contenerlo en adelante para marchar con pié seguro en esa carrera de triunfos que habia adoptado? ¿Qué cosa podia impedirle sentarse mas tarde en esas tribunas cuyos ecos se estienden por todos los ámbitos del mundo civilizado?

Infatigable siempre en el estudio, algo escaso de medios para llevar una vida mas cómoda i mas holgada (porque ya su fortuna habia desaparecido con sus larguezas), solicitado con ahinco por muchos estudiantes que reconocian su alto mérito como anatomista, i en la mejor posicion para dar a conocer sus altas dotes i los vastos conocimientos de que se encontraba adornado, el moderno prosector se dedicó a dar lecciones de anatomía que fueron desde el principio mui concurridas. El nombre de Petit llegó a ser en poco tiempo mui conocido.

Mas no por estas nuevas ocupaciones dejó de continuar cultivando con admirable provecho todos los ramos que forman la vasta ciencia de Hipócrates i de Avicena.

Fué en estas sostenidas tareas de estudio, en éstos combates librados ante severas comisiones que juzgan de la fuerza de cada cual, en estos concursos que estimulan la intelijencia de los que tratan de formarse un porvenir, fundado en el mérito i no en el favoritismo, donde mi honorable antecesor adquirió mas de una amistad que fué consecuente hasta sus últimos dias.

Ahí fué donde estrechó sus relaciones con el eminente fisiologista Cl. Bernard, que lo llamaba su camarada i su amigo hasta en los últimos años, en la dedicatoria de sus obras i de sus trabajos que le enviaba a este rincon de la América con una regularidad que solo el íntimo convencimiento del mérito pudo mantener de una manera tan sostenida. Ahí fué donde cultivó hasta la mas estrecha intimidad i donde vivió con una comunidad de estudios jamás interrumpida con Landeau, nacido tambien en las Antillas, esperanza brillante que debia apagarse en la primavera de la vida. Ahí fué donde ligado por las relaciones del espíritu, ese parentesco no menos estrecho que el de la sangre, debia conservar mas de un amigo que lo recordara, mas de una relacion que lo volviera a estrechar cariñoso entre los brazos, cuando después de azotado por el destino i con

la madurez de los años, volviera a calentar su espíritu en la fragua ardiente de la medicina francesa.

Nutrido con las ideas mas sanas que reinaran por entonces en la escuela, acompañando como interno a Sanson, a Rayer i a Velpeau, profundizando todas las vastas cuestiones que la ciencia nos presenta, una gran parte de las cuales eran discutidas por entonces con el calor de los sectarios, Petit avanzaba de un modo prodijioso en sus conocimientos, haciéndose notar por su espíritu recto i su constancia inquebrantable.

Avido de toda clase de conocimientos, de todo aquello que podia llevar luz a su intelijencia ardorosa e inquieta, preocupábase de las mas arduas cuestiones de la cirugía como de los mas difíciles problemas matemáticos. Es mas que probable, que tratando de dar una direccion positiva a sus conocimientos, que huyendo de los escollos fáciles de las teorías a que nuestro espíritu de síntesis nos conduce con prodijiosa facilidad, buscara en la aficion que tuvo i conservó por las matemáticas, un medio de precision i de positivismo en sus ideas, precision que lo hiciera distinguirse i que debia conservar para siempre.

Madurado su espíritu con una práctica vastísima, i al lado de las mas graudes ilustraciones de la escuela, conocedor profundo de la anatomía, versado en las mas arduas cuestiones de la ciencia, al cabo de todos los progresos mas recientes, rico en conocimientos de todo jénero, Petit era una gran esperanza i un prestigio. Buscósele entonces para que tomara parte en la redaccion de la *Gazette médicale*, como a una personalidad que podia llevar un contingente poderoso al periodismo médico.

En esta nueva posición, Petit supo desempeñarse con no menos acierto i maestría, segun nos ha contado uno de sus colegas de estudio, que en los demás puestos que habia recorrido. La mano que manejaba tan bien el bisturí no era inferior manejando la pluma.

Los rápidos progresos hasta entonces obtenidos lo conducian con feliz lijereza al término de su carrera. La idea que lo llevara al continente, iba a realizarse en poco tiempo mas. La escuela le era ya estrecha i necesitaba salvar la última escala.

Después de un aprendizaje que puede llamarse brillante, recibía el grado de doctor en 1839.

¿Qué va a ser ahora del jóven médico? Las puertas que conducen al hospital, a la agregacion, al profesorado, por medio del concurso, se le presentaban como una esperanza alhagüeña que acariciaba en su inspiracion ardiente, como una aspiracion justa i léjitima, casi como un derecho de sus triunfos tan brillantemente obtenidos.

Hasta ahora, nada lo habia detenido; todo habia colmado sus deséos e ido quizás mas allá de sus aspiraciones. Las puertas que habia tocado, habíanse abierto; las ilusiones que acariciara, se habian realizado. Su camino habia sido una marcha triunfal en el que no habia tenido, como los guerreros romanos victoriosos, un esclavo que le gritara que no era mas que un hombre, a no ser su razon tranquila i su carácter elevado.

Empero los caprichosos jiros del destino debian envolverlo en poco tiempo más entre sus pliegues i arrojarlo de nuevo a la Guadalupe, su tierra natal.

Al pisar de nuevo esa tierra caliente que habia mecido su cuna i dádole fuego a su inteligencia, no era ya el niño bullicioso i alegre que corriera tras la inconstante mariposa i se atreviera en los senderos tortuosos de las montañas. Los años i el trabajo lo habia transformado; i la muerte de su padre, poco há acaecida, lo llamaban a ocupaciones sérias. Durante su permanencia en la Guadalupe, Petit se ocupó de poner en órden los negocios de su padre i de cultivar la heredad que habia recibido, al mismo tiempo que practicaba estensamente la medicina. Sus vastos conocimientos en la ciencia i su habilidad para tratar las enfermedades que en esa rejion dominan, lo hicieron en poco tiempo ser el médico mas solicitado i, por consiguiente, el mas ocupado de la colonia.

Su doble posicion de propietario i de médico, le pusieron en poco tiempo en aptitud de realizar una regular fortuna. Una revolucion santa, sin embargo, que tendia a libertar de la esclavitud a los trabajadores negros de la isla, atados al poste de la degradacion i de la infamia por uno de esos graves errores que se perpetúan en la humanidad, a despecho de los preceptos mas claros de la justicia i del derecho, vinieron a poner sus

negocios en mal estado i a destruir una fortuna formada a costa de gran trabajo i de no pocos sinsabores.

No pudiendo permanecer por más tiempo en este lugar, a consecuencia de ese movimiento jeneral de toda la isla, repercusión a la vez del que se verificaba en ese mismo tiempo en la Francia misma, Petit partió nuevamente al continente.

Al llegar, supo que había una plaza vacante en los hospitales de Burdeos. Petit se presenta al concurso; pero como no tenía la edad que exigian los reglamentos para un destino de esa naturaleza, pide i obtiene la dispensa mas honorífica de sus jueces, en atención; se decia, a los antecedentes notables i a los méritos sobresalientes del solicitante. En esa vez, otro de los profesores de la escuela de medicina de París de hoy, debía quedar fuera de combate ante la vasta erudición i la brillantez de las pruebas de nuestro concursante. Parecia que el jenio fecundo i la sombra gloriosa del gran Petit (Juan Luis) se complacian en cubrir i en amparar a este nuevo retoño que se alzaba pujante en medio de las mas difíciles pruebas.

Es de advertir que, separado mi honorable predecesor desde hacia algun tiempo de la carrera espinosa i voluble de los concursos, este nuevo asalto era para él mas honorífico si cabe que sus anteriores triunfos. Probaba que, aunque distante de la actividad fecunda que caracteriza a las escuelas, no se habia adormecido en la distancia i se mantenia atento a los progresos que la ciencia realizaba en los grandes centros médicos. Probaba, tambien, que su espíritu se habia fortificado con los años i que la práctica habia sido para él una una fuente inagotable de estudio i de observación.

En su nuevo puesto, distinguióse el cirujano de los hospitales de Burdeos por sus vastos conocimientos, por su intelijencia clara, por su espíritu recto i por un tacto esquisito. En poco tiempo, una clientela numerosa recompensaba sus esfuerzos i daba aliento a sus esperanzas. Petit llegó a ser, si no la mas alta figura médica de ese pueblo industrioso i trabajador, un hombre lleno de las mas distinguidas consideraciones, de las mas respetuosas deferencias i de una reputación mui alta.

Ni la mas lijera sombra parecia manchar el claro horizonte que divisaba hasta entonces, pudiendo abismarse en sus ensueños

de otra época; ensueños de una noble i justa ambicion, forjados en el yunque del trabajo con el martillo sonoro de la intelijencia, cuando el adverso destino para él, feliz para nosotros, debia arrojarle lejos, mui lejos del teatro de sus estudios i de sus triunfos.

La suerte arrojóle a nuestras playas (1849); i habiendo obtenido, después de magnificas pruebas, la licencia competente, fijó su residencia en Valparaiso. Quizás buscaba ahí, en la contemplacion de ese mar que baña con dulzura las plantas de la ciudad, un recuerdo del que circundaba el lugar de su nacimiento o del que se estendia altanero a las puertas de Burdeos.

Ahí no tardó en ser el médico mas solitado de las familias, i tambien de sus colegas, que lo miraban con esa alta distincion que inspira la dignidad i la ciencia. Basta decir que no habia ninguna consulta profesional de alguna importancia a que no fuera llamado mi ilustre predecesor i en que su voz no fuera oida como la espresion mas caracterizada de la junta.

Su reputacion llegó a ser proverbial. El dia no le bastaba para desempeñar sus quehaceres profesionales; pero él, infatigable, trabajaba hasta llenar sus compromisos.

La fortuna que desde el primer momento de su arribo a estas playas se habia declarado a su favor, se mantenía siempre constante. En medio de esa versatilidad que forma el modo de ser una gran parte de nuestra sociedad, la reputacion de Petit no sufrió ningun quebranto, antes bien crecia con asombrosa rapidez. Era una prueba la mas evidente i la mas clara de su importancia i de su mérito.

Fatigado ya por el penoso trabajo de una vasta práctica, sintiéndose entibiado por la distancia de los grandes centros científicos, deseoso de ir a calentar su entusiasmo i de retemplar su intelijencia en el ardoroso estudio, abandonó despues de algunos años a Valparaiso, para ir a recibir el riego fecundo de la escuela parisiense, de la que tanto tiempo habia estado separado.

Amante del estudio, entusiasta por la ciencia, deseoso siempre de encontrarse al cabo de todas las modificaciones i de todos los adelantos verificados en su profesion, Petit fué a buscar, en el primer teatro de sus triunfos, el alimento que su espiritu buscaba anheloso. El soldado que siempre habia estado en la

vanguardia, no podía conformarse con ir a formar en las filas de la retaguardia o de la reserva.

Pero esta vez las borrascas de la vida o las versatilidades del destino no debían separarlo jamás de una tierra a que él había cobrado tanto cariño i a que amaba como su segunda patria. Iba para volver.

Tan pronto como llegó a París, Petit fué incansable en el estudio. Revivieron sus antiguos hábitos, su entusiasmo cobró nueva animación, sus relaciones de otro tiempo se estrecharon, i un trabajo sostenido fué su vida. Sus antiguos compañeros de estudios i de concursos, que ocupaban ya sus puestos en la escuela, franqueáronle el camino; i atento a todos los progresos i a todas las modificaciones de los métodos, la llama sagrada que en él ardía cobró nueva animación. Como un estudiante que cuida de su inscripción, todas las mañanas se le veía en los hospitales i más tarde en los anfiteatros.

Rico ya con este nuevo caudal de conocimientos, fortificado en su entusiasmo, alentado en la fé de sus propósitos, despertado su espíritu a las más elevadas ideas de progreso, conocedor práctico de todos los nuevos métodos de observación, en año i medio de constante estudio, Petit tomaba su pasaje para fijar nuevamente su residencia en Valparaíso en 1855.

Su regreso llenó de júbilo a sus numerosos amigos, de consuelo a su numerosa clientela. No es extraño, entónces, que sus trabajos se redoblaran, que su nombre fuera más respetado si cabe que ántes de su partida, i que sus colegas se apresuraran a aprovecharse de los adelantos que había realizado.

Solo, sin familia, mirando a este país que le brindara una franca hospitalidad con un cariño entrañable, rodeado de toda clase de consideraciones, queriendo quizás fijar para siempre su permanencia entre nosotros, jóven aun, Petit sintió nacer en su pecho la llama ardorosa de una pasión que debía hacer su consuelo i su felicidad. Inspirado por una mujer de maneras delicadas i de un espíritu fino e intelijente, enlazaba a ella su suerte en 1858. Esta unión era su doble lazo que fijaba su destino i que lo ataba para siempre a este bello país, donde debía dormir el sueño eterno.

La fama del doctor Petit había salvado las barreras de la ciu-

dad en que ejerciera con tanto acierto su difícil profesion, i su nombre era conocido en casi toda la República. Todos los enfermos que acudian a Valparaiso solicitaban sus cuidados, i su opinion era recibida con deferencia. Su intelijencia relevante, sus estensos conocimientos, su reputacion tan jeneral i tan merecida, designábanle desde tiempo atrás para ocupar un puesto donde pudiera lucir con provecho sus distinguidas cualidades.

En 1861, el supremo Gobierno, acordándose al fin de la pobre escuela de medicina, que arrastraba una vida silenciosa i enfermiza, reforma el plan de estudios, aumenta el escaso número de profesores que hasta entonces soportaban sobre sus hombros todo el peso de la enseñanza, toda la responsabilidad del estudio; e inspirándose en un sentimiento de justicia, hace la feliz eleccion de mi antecesor para profesor de la clase de clínica médica.

Bien poco tiempo mas tarde, nombrósele miembro de esta Universidad en la Facultad que le correspondia.

Fijase el doctor Petit entre nosotros, i desde sus primeros dias, supo conquistarse una reputacion que, si no igual, fué mayor que la que hasta entonces hubiera obtenido en las ciudades que ejerciera su profesion.

Vosotros todos sois testigos, señores, de cuántos eran sus conocimientos, de cuánto era capaz esa intelijencia altiva que tenia la mirada del águila para penetrar en las profundidades del organismo enfermo, i de cuán justa fué la reputacion que supo formarse en los ocho años que pasó entre nosotros.

Vosotros lo veiais trabajar con un teson sin igual, soportar las mayores fatigas, sobrellevar un peso superior casi a la naturaleza humana, con un espíritu inquebrantable, con una serenidad de ánimo verdaderamente grande, con una fé sin igual.

Algunos de vosotros sois testigos de los desvelos que se imponia para cumplir con sus deberes de profesor i con sus obligaciones de médico.

A las siete precisas de la mañana en verano i a la siete i media en invierno, el distinguido maestro franqueaba los umbrales del hospital; i sin tomar descanso alguno, se dirijia a las salas de clínica, donde lo esperaban sus discípulos, que respetuosos descubríanse delante del hombre que era su apoyo i su guia.

En la visita, deteníase con atención en los casos mas interesantes para mostrarlos a los que lo seguian, haciendo notar las particularidades que la enfermedad presentaba, los síntomas mas conspicuos; yendo a la clase a explicar la significacion de todos esos cuadros informes para las inteligencias que se inician. Su mirada fija i concentrada, animábase entonces con un fuego particular, i el alumno encontrábase dominado por una fuerza irresistible de observacion ante el ejemplo del hombre que investigaba con placer i observaba con escrupulosidad.

Tan pronto como salia de las salas, una numerosa clientela disputábase su asistencia i érale corto el tiempo para el trabajo imposible que la sociedad entera se apresuraba a imponerle por la confianza que se tenia en sus conocimientos i por su carácter digno i elevado. Casi siempre robábale algunas horas al descanso, sin que por eso dejara de dedicar al estudio algunos ratos.

Enemigo intransigente de esa charlatanería que se disfraza con el ropaje de la ciencia, de ese falso oropel que solo deslumbra a los necios i que da mui baja idea del que lo usa; opuesto por conviccion i por naturaleza a esos manejos indecorosos de los que se fabrican frágiles tronos para recibir el incienso de falsos ídolos, que un vulgo torpe se apresura a quemar, nuestro colega tenia una severidad de carácter i una honradez de comportacion que lo colocaban mui alto en el aprecio de sus comprofesores i de la sociedad toda. La mentira profesional causábale asco, i jamás se manchó con ella.

Naturaleza noble e independiente, jamás traficó con el engaño, siendo la verdad su norma, por mas que esa verdad fuera el desconsuelo de alguién, el aprovechamiento de un mezquino lucro, un expediente de momentánea consideracion. ¡Ah! sobre todas esas pequeñas miserias, sobre todas esas escandalosas ruindades, sobre todas esas engañifas de mala lei, mecíase su espíritu, que buscaba en un campo mas vasto i en un terreno distinto su fuerza i su ambicion.

Ávido de todo progreso i de todo adelanto, anheloso de estar siempre al corriente del movimiento científico i de la marcha impresa a los estudios médicos, las escasas horas que un trabajo rudo i fatigoso apenas le dejaban libres, dedicábalas al estudio de las mejores obras i a la lectura de las revistas médicas mas acreditadas. Así, viósele, quizás al primero manejar el de-

licado oftalmoscopio i diagnosticar enfermedades del interior del ojo, que sin ese nuevo método de investigacion quedaban fuera del alcance terapéutico.

Naturaleza jenerosa i de elevados sentimientos, era de ver su cariñoso afán para asistir a sus colegas o a sus alumnos enfermos. Con una paternal solicitud, con una constancia admirable, con un interés delicado, Petit se desvivía por volverlos a la salud. Mas de uno de vosotros debe guardar gravado con profunda gratitud los servicios prestados con tan jeneroso afán en medio de sus multiplicados quehaceres, i la voz de uno de ellos que debe hacerse oír en poco tiempo mas con el prestigioso acento de la elocuencia conmovida, os pintará los jenerosos sentimientos de que se encontraba poseida esa alma noble.

En sus relaciones con sus demás colegas, hacíase notar Petit por la delicadeza de su comportacion i por su caballerosidad. Libre de esas miserables ambiciones i de esos envidiosos sentimientos que degradan lo noble i lo elevado de nuestra profesion, ajeno a esa chimografía que la medianía se complace en mantener, bastante grande para descender a auscultar esos ruidos que se escapan de abajo, con una reputacion que la envidia no podia mellar, Petit era un ejemplo de honradez i de dignidad. En las numerosas consultas a que era llamado, cuando disienta de la opinion de sus colegas, sabia dar la suya con prudencia, alejando todo motivo de resentimiento. Empeñado en una discusion, sabia mantenerse a la altura de sus convicciones i en un terreno estrictamente científico, guardando los respetos debidos a las ideas de aquellos que buscaban en el mismo camino la solucion del punto controvertido.

Podía reprochársele a Petit cierta aspereza en su carácter, alguna rudeza en sus maneras; pero este mismo defecto de su naturaleza vehemente i apasionada, servíale para mantenerse en una reserva conveniente i en una independendencia provechosa a su dignidad i a la dignidad de todos.

Modesto i reservado, jamás hacia alarde de sus triunfos anteriores; jamás hablaba de sus glorias de otra época. Ha sido necesario casi que su muerte, poniendo en pesquisa sus antecedentes i su historia, nos revelara cuáles habian sido esos triunfos i esas glorias, para que la conociéramos en toda su brillantez,

para que apreciáramos en todo su valor una vida tan bien llenada, una existencia consagrada siempre al estudio i al trabajo. ¿Era que esos recuerdos de mejores tiempos entristecian su espíritu i le traian a la memoria ensueños extasiadores de su juventud, imposibles de realizar ahora? ¿Era que se contristaba al verse tan distante i tan separado de esa escuela en que brillara tan temprano i en la que el dedo de su primer destino le señalaba los mas brillantes puestos? ¿Seria que, sintiéndose con bastante fuerza, no queria valer por lo que habia sido sino por lo que era? Quizás lo primero; pero habia tambien mucho de lo último.

Adornado de las mas relevantes cualidades, con una posicion verdaderamente envidiable, con un nombre i una reputacion vastisimos, Petit no tardó en captarse la mayoría de las voluntades, un aprecio profundo de sus colegas i en ser la enseña de la dignidad i de la honradez profesional.

“Aquí, decia uno de sus amigos en el borde de su tumba, contenia la frecuente intemperancia científica del joven entusiasta; allí ensanchaba el horizonte del práctico acostumbrado a luchar con las dificultades del arte; acá tranquilizaba el espíritu de los que, demasiado amantes de la humanidad, no encuentran jamas sus talentos a la altura de las situaciones dificiles. Trabajando siempre, el dia no bastaba para la tarea imposible que le imponia la confianza pública, i sin embargo, la aurora le sorprendia sentado a su mesa de estudio, i poco a poco su delicado organismo sentia los efectos de un trabajo que debia serle funesto. La enfermedad, ese parásito de la vida, se presentó al fin, fria como el mármol de las tumbas, severa como un mandato, terrible como la conciencia de un poder destructor; entonces hubo un momento de desconsoladora ansiedad para el maestro; sus amigos se afijen i el sabio no ve la copa de cicuta que le presenta la capa del destino. Pero hé aquí que su fisonomia se anima, que su ojo brilla con resplandor desacostumbrado, la esperanza vuelve a mostrarse en el rostro de sus amigos, el maestro se inclina para ver en tinieblas. ¡Ah! al levantar su frente que desplomó un trabajo de treinta años, una amarga sonrisa contrajo sus labios! Habia visto que todo estaba perdido. A la agitacion de la duda, sucede la serena tranquilidad de

una incomparable resignacion: Ya no se ocupa de sí mismo, cuida hasta del sueño de la familia amante que le presta afectuosos cuidados, sonríe al amigo que lo visita, todo lo prepara para el eterno viaje con pasmosa serenidad; i como un hombre que tiene la conciencia del deber cumplido, se envuelve en la ropa de su lecho i espera que su espíritu rompa los hierros de su cárcel."

Así debía estinguirse una vida tan cara a la sociedad entera; así debía concluir una existencia tan trabajada por el destino i por la ciencia.

Però ahí, en el lecho del dolor i de la abnegacion, el hábil médico debía sentirse confortado al observar el marcado interés que sus colegas tenían por su salud, al notar las manifestaciones de que era objeto por la sociedad entera, al ver que hasta los órganos de la publicidad diaria daban mas de una vez cuenta de su estado, i al observar que la alegría irradiaba en el semblante de sus amigos en esas crisis engañosas de la enfermedad.

No nos es dado casi apreciar a Petit como escritor. La agitacion constante de su vida no le dejó el tiempo necesario para consignar el resultado de sus estudios i de su vasta práctica. Trabajador infatigable en esa pesada tarea que concluye hoy para empezar mañana, a la misma hora i con la misma urgencia, ocupado también su tiempo en otros negocios que reclamaban de él alguna atencion, habiendo pasado sus mejores años en estos países, en los que la carencia de facultativos gasta en el pesado servicio de la práctica a todos los hombres de profesion que alcanzan a formarse un nombre, apenas tuvo el tiempo necesario para escribir aquellos trabajos que la obligacion le impuso.

Como no nos ha sido posible procurarnos las tesis que sostuvo en algunos de los numerosos concursos en que tomó parte, la que debió sostener al pasar su exámen del doctorado en Paris, ni tenemos conocimiento personal de los artículos publicados en la *Gazette médicale*, de cuya redaccion formó parte durante algún tiempo, solo podemos apreciarlo por las dos únicas memorias que publicó entre nosotros: la primera al recibir el título de médico i la segunda al ocupar el mismo lugar en que hoy vengo a sentarme.

Aquella llena veintinueve páginas de los *Anales de la Universidad*, i se titula: *Consideraciones generales sobre algunas enfermedades observadas en la isla de la Guadalupe desde 1844 hasta 1848*. En ella se descubre al médico experimentado i al observador concienzudo, al hombre erudito que sabe delinear con maestría las cuestiones, que las hiere en el punto conveniente i que ha sabido sacar todo el provecho posible de las lecciones que la práctica diaria nos ofrece en estado embrionario.

Dedicóse en dicha memoria a probar dos puntos de una importancia vastísima en la patojínea i en la nosología, aprovechándose de las observaciones médicas que había recojido en la Guadalupe. Estos puntos son los siguientes:

1.º Que la gran manifestacion patológica conocida por los médicos con el nombre de *fiebres intermitentes*, *fiebres de accesos*, con tanta maestría descritas por Torti, forman en dicho país el fondo jeneral de la constitucion médica i entran a mezclarse mas o menos con las manifestaciones ordinarias;

2.º Que lejos de ser idéntica con la descripción que de ellas nos han dado muchos médicos que hicieron sus observaciones en otros países, esta manifestacion patológica se revestia allí de caracteres propios, que la presentan como una enfermedad nueva, si no en la naturaleza, porque la causa eficiente jeneral es la misma, a lo menos en sus formas, que son el resultado de mil circunstancias locales, de los infinitos detalles de alimentos, vestidos, sucesion de varias temperaturas, vientos dominantes; cuya íntima relacion con la patología, la medicina no ha podido hasta ahora demostrar, pero que no dejan de tener una parte mui activa i muchas veces principal como causas de las enfermedades;

3.º Que en aquellas islas, endonde dos castas particulares están bajo las mismas influencias climatéricas, cada una de ellas ocupa una parte del cuadro patológico que le pertenece casi exclusivamente. Las afecciones que son peculiares a una casta, rara vez llegan a pegarse a la otra; a tal extremo que, durante una residencia de cinco años, el autor de la memoria vió una de las castas diezmadada en algunos parajes por verdaderas epidemias locales, mientras la otra, que vivia a su lado, permanecia intacta i libre.

La dilucidación de estos tres puntos de patología i de Jeografía médica, es hecha ahí con un talento superior i con una facilidad bien grande, a tal punto que uno cree estar leyendo mas de una vez algunas pájinas de Sydenham o de Morton. Este trabajo, por la naturaleza del estudio i la enseñanza de los hechos, merece estar al lado de los de Boudin i Dutrolau sobre las fiebres remitentes e intermitentes continuas.

Aunque la copia de hechos i de observaciones es deficiente, por sujetarse sin duda a los límites prescritos a una memoria, ellas revelan, sin embargo, cuánto hai de cierto en esas proposiciones que, recién estudiadas entonces, forman hoy una conquista indisputable de la medicina moderna.

Sus *Apuntes sobre las enfermedades del hígado*, hechos con suma lijereza, mas para llenar una fórmula que como un estudio reposado, plantea las cuestiones mas importantes que se desprenden del crecido número que observamos entre nosotros, pone de manifiesto la utilidad de este estudio en sus causas i en sus resultados, los bien fundados temores que le asaltan para considerarlas solo como dimanadas de nuestra temperatura, i se detiene en señalar la rapidez con que los abscesos hepáticos suelen formarse, citando dos casos mui interesantes.

Sin tiempo para entrar en mayores detalles, anuncia su determinación de completar mas adelante el estudio de una cuestión que a casi todos los europeos que llegan a nuestras playas sorprende i asusta. Mas, este buen deseo debia quedar sin realización.

La misma suerte correria otra obra cuyos primeros apuntes debió hacer probablemente mi antecesor en ese interregno de trabajo que las enfermedades que mas de una vez le aquejaron lo detuvieron en su estudio. Algunas pájinas encontradas por el acaso i relegadas al olvido, revelan la idea de un tratado de patología interna que debió proponerse escribir en los dias de reposo que mas de una vez soñara tener.

Pero si faltan para nuestro juicio este jénero de producciones, debe tenerse presente que fueron inspiraciones de su enseñanza esos trabajos sobre el *tifus fever* que sus discípulos han publicado; debe recordarse que él fué el primero que supo hacer la luz en medio de esa confusion de apreciaciones que existia entre

nosotros hasta entonces en este jénero de enfermedades tan mal apreciadas por la ignorancia en que se estaba de su anatomía patológica. I aunque la circunstancia de un estado epidémico desconocido hasta esa época, i su posicion de profesor de clínica médica, lo pusieron en la mejor condicion para verificar ese progreso, el hecho no por eso es menos mérito i menos plausible.

Petit, como médico, reunia ciertas cualidades que solo las personas iniciadas en el arte pueden apreciar en su justo valor. Tenia un poder de concentracion i una sagacidad admirable para hacerse cargo en todos sus detalles i para valorizar en todo su alcance ese grito de la naturaleza que sufre, i al que llamamos enfermedad. En una palabra, era un buen observador.

Créese mui jeneralmente que la observacion en las ciencias fisiológicas i médicas exige solo la aplicacion de los sentidos para la apreciacion de los fenómenos mórbidos, error lamentable que desvia en gran parte del verdadero sendero a los jóvenes médicos i que los hace fijarse casi únicamente en los métodos de la investigacion mecánica. El arte de observar, esa primera medicina como la llama Baglivio, es mucho mas que eso: es la habilidad que dimana, como dice Zimmermann, de la pronta concepcion en las relaciones de las cosas i de los signos que nos indican su órden i subordinacion. Es todavía mas que eso: es esta penetracion i esta sagacidad que hace apercibirse con facilidad i prontitud de los caractéres de los fenómenos complicados, que los simplifica i los reduce a su menor expresion, que concibe con rapidez las analogías i las semejanzas de los síntomas, que hace converjer los signos todos a la solucion del problema; es tambien la constatacion mas escrupulosa de los fenómenos que una atencion sostenida nos suministra; es, en fin, la valorizacion justa de la expresion mórbida hecha con rapidez i con exactitud.

Es cierto que el arte de observar tiene por base indispensable la finura de los sentidos; pero no era un gran observador tambien el ciego Huberto que reveló al mundo el misterio tan largo tiempo oculto de la jeneracion de las abejas? Todos los sentidos necesitan de la educacion; pero de una educacion especial que se dirige a hacerlos ver u oír donde otro oído u otro ojo de la misma naturaleza i de la misma finura no alcanza a perci-

bir. En este caso, es la inteligencia la que se educa. Así ha podido decir con justicia Raige-Delorme que no se debe aprender a mirar sino a ver.

Ese tacto médico que se ha acostumbrado a mirar como un privilegio de ciertas naturalezas, como una predisposición que nace con el individuo, deriva tanto de esa sagacidad, de esa prontitud en la concepción que da el talento, como del estudio sostenido, de la buena educación médica i de un espíritu recto i tranquilo. La experiencia que se adquiere a la cabecera de los enfermos, la sostenida atención i el conocimiento de las ciencias accesorias, son medios indispensables también para conseguir ese arte que tan alto levantaron a Hipócrates, a Avicena, a Thémison i a Galeno en la antigüedad, i en la época moderna a Baglivió, Morton, Sydenham, Cullen, Frank, Corvisart i tantos otros famosos clínicos.

Dotado de los mas finos sentidos, con una larga práctica, hecha su educación a la sombra de los mas grandes maestros del arte, con una sagacidad que todos vosotros habeis podido apreciar, Petit parecia leer en las profundidades del organismo los menores detalles i sabia coordinar los síntomas con admirable facilidad. Sin pretender pasar mas allá de los límites que la naturaleza nos traza, sabíase mantener en el terreno tranquilo de la observación, atisbando los mas insignificantes fenómenos para sorprender la entidad mórbida.

Sin pensar de ningun modo colocarlo a la altura del jenio, sin tratar de darle una colocación al nivel de los grands maestros del arte, Petit, sin duda alguna, era un talento.

En la enseñanza clínica que le estaba encomendada, trataba de inculcar a sus alumnos las ideas mas sanas i los principios mas razonables. Habiendo asistido por una de esas raras casualidades al derrumbamiento del último sistema que tratara de entronizarse en las escuelas médicas, sabia cuanto hai de perjudicial en esas sistematizaciones exajeradas que tratan de reducirlo todo al horizonte mas o menos estrecho de las concepciones individuales.

Efectivamente, cuando Petit salvaba los primeros escalones del aprendizaje médico, la escuela de Val de Grace conservaba aun todo el empuje que el carácter irresistible i batallador de

su jefe le imprimiera. Broussais vivía entonces i estremecía con su voz poderosa el vasto anfiteatro en que miles de personas iban a escuchar con avidez sus lecciones.

La irritacion estaba en todo su auge i dominaba a toda la patología como en un círculo de hierro. Las gastro-énteritis eran todavía la espresion de multiplicadas condiciones mórbidas que luchaban en vano por desembarazarse de las manos crispadas del fisiolojismo.

Las sangrías, las sanguijuelas, las cataplasmas, eran casi los únicos agentes de esa materia médica que se habia despojado de sus mas sólidas i brillantes armaduras.

Cúpole, sin embargo, a Petit la suerte de evadirse a ese sistema invasor i dominante, que marchaba como Mahoma con la espada desnuda para conquistarse a viva fuerza correligionarios.

Su aprendizaje médico, dirigido por los pocos hombres que se libraron de ese furor contagioso de la destruccion de todo lo que tiene de verdadero el arte de curar, i por otro lado, los golpes reiterados que la anatomía patológica, la fisiología experimental i la patología misma debian darle a la escuela de la irritacion, con una insistencia igual a la que ésta empleara, le arrancaron para siempre de ese camino estraviado que lleva a las jeneralizaciones absolutas antes de que el progreso esté a la altura de esas síntesis tan elevadas, antes de que el campo esté bien cultivado i preparado para recibir la última semilla.

Los sistemas que hasta ahora han reinado en medicina se resentien todos de graves defectos: la jeneralizaciones prematuras junto con el deseo de subordinarlo todo a nuestra intelijencia.

Habiendo principiado con la infancia del arte, por esa inclinacion viciosa del hombre, que trata de sintetizarlo todo, sin fijarse en los inconvenientes que de esas síntesis resultan cuando no se parte de numerosos datos perfectamente averiguados i confrontados, mudaban de base con las ideas filosóficas reinantes.

Inseparable la medicina de la filosofía, practicada por los mismos que llevaban este título, su destino i sus vicisitudes eran las mismas.

Mas adelante, cuando pudo sacudir el yugo a que por tanto tiempo estuvo sujeta, fué mecánica, química, alquimista, yatro-

mecánica, animista, solidista, humorista, según el papel que se asignaba a los agentes o a las fuerzas en acción, i según donde se creía que se verificaban las alteraciones.

La última revolución médica que tomó por base el célebre descubrimiento de Haller, presentada por Sthal, vivificada por Hoffmann i por Boheraave, levantada por Cullen, sostenida por los trabajos de pacientes investigadores, debía ser tan jeneral como rápida e infructuosa. ¿Infructuosa? He dicho mal. Este movimiento jeneral de los espíritus debía tener sus frutos; debía dar resultados de un vasto alcance. Estos frutos i estos resultados serian el descrédito de los sistemas i la impulsión experimental i práctica de la medicina.

Llevada a cabo con corta diferencia por Brown en Inglaterra, por Broussais en Francia, por Rassori i Tomassini en Italia, cavaria la tumba en que para siempre debía ocultarse esa palfarmacia de Galeno; que catorce siglos hacia se enseñoreaba en las escuelas; i daría lugar a cierto respeto, como dice Trouseau, al tejido sensible e irritable en que se depositan los modificadores terapéuticos.

Partiendo Brown del principio de que la vida se sostiene sólo por la incitación i es el resultado de la acción de los incitantes sobre la incitabilidad de los órganos, estableció dos grandes categorías de enfermedades, según que en la economía, considerada en conjunto, era mayor o menor la incitación; i en esta estrecha clasificación dicotómica, distribuyó desigualmente, como era de esperarse, los estados esténicos i asténicos. Siendo así, i fijándose mas en el elemento nosológico que en el fisiológico, no tardó Brown en poner a la moda la terapéutica mas incendiaria que hasta ahora hayamos conocido. Los medicamentos exitantes eran los únicos llamados para despertar la incitabilidad de los órganos que yacian postrados por la enfermedad. El metodismo de Thémisson volvía de nuevo, después de mas de dos mil años, a sentarse rejuvenecido en las escuelas, merced al dogmatismo de un hombre a quien arrastraba la corriente de una lógica tomada fuera de la verdad de las cosas, pero indudablemente bien ideada.

Por otro lado, Broussais, apoyado en las propiedades de los tejidos que la anatomía jeneral de Bichat arrancara imperfec-

tamente al organismo, i tomando por base la irritabilidad, fundaba la medicina que se ha convenido en llamar fisiológica. Menos médico que polemista ardiente, mas brillante orador que clínico hábil, fundando su sistema sobre una sola propiedad del tejido, esplicando la enfermedad por el estímulo de los modificadores, i divisando por donde quiera las fuerzas del organismo arrebatadas por una corriente impetuosa, modificados los tejidos por la irritacion, viendo antes a la fisiología que a la nosología, Broussais encontraria, en oposicion a Brown, i a pesar de partir del mismo punto, la indicacion curativa en el debilitamiento. Las sangrías debian estar a la órden del día, las sanguijuelas debian consumirse a millares i la sangre venosa manchar de rojo todo el pavimento de las salas.

Bajo idénticas bases debia verificarse el movimiento médico italiano, que hasta ahora conserva algunos viejos representantes, variando solo el nombre de los modificadores terapéuticos i el de las propiedades sobre las que debian obrar.

Sin duda que esta revolucion médica estaba destinada a librarnos del empirismo, sin duda que los rudos ataques del profesor de patología jeneral de Val de Grace debian arrebatarse a la medicina del nosologismo triunfante i esclusivo de Pínel, que llegaba hasta considerar a las enfermedades como simples seres; sin duda que fué tambien un combate desesperado i brillante contra los anatomo-patólogos que nada querian ver fuera de las alteraciones cadavéricas, que fué el golpe mas fuerte del fatalismo médico; pero, como sucede siempre en los sistemas, Broussais, al atacar los abusos, llevado por la corriente de las cosas, iria a parar mas allá de los límites que eran de esperarse i a tropezar con los errores propios de una sistematizacion restringida en sus alcances, aunque jeneralizada en sus aplicaciones.

No viendo en las distintas afecciones que azotan al organismo humano mas que grados diversos de la irritacion, negando la especificidad i hasta la individualizacion de las enfermedades, queriendo reducirlo todo a la mas simple expresion de la propiedad que tomara por base de su sistema, asegurando que la sub-irritacion, la irritacion, la inflamacion i la sub-inflamacion, combinadas de infinitos modos i en multiplicados grados dominaban a toda la patología, Broussais arrojaba a la noso-

lojía de su puesto, destruía la materia médica, desconocía la idea del medicamento i llegaba a considerar a las enfermedades como simples accidentes.

La sífilis, la viruela, las fiebres intermitentes, fundiéndose en el crisol hirviente de su cerebro en una sola entidad mórbida, que solo variaba en grados, buscarían su curacion i su tratamiento en el escaso arsenal del *brownismo invertido*, sin atender al carácter especial que forma el fondo de su naturaleza.

Mas fisiólogo que clínico, el profesor de patolojía jeneral, fijábase en los detalles antes que en el conjunto, mas en los pormenores que en la unidad jenérica, desconociendo así que mas de una enfermedad esencialmente hiposténizante puede revelarse por síntomas esencialmente hiperesténicos. La tisis tuberculosa, esa hiperplasia de elementos heterólogos ¿no se enmascara mas de una vez en su marcha con síntomas flojísticos o de irritacion? La fiebre tifoidea, el tifus fever, enfermedades que atacan i resuelven las fuerzas radicales del organismo, para servirme de una espresion de Barthez, ¿no tienen su aparato inflamatorio perfectamente marcado? El cornezuelo de centeno, cuando se le administra en crecidas dosis, ¿no se presenta con una riqueza inflamatoria finjida para terminar por la gangrena, esa disolucion orgánica?

Esta tendencia del fisiolojismo, que se preciaba de tratar a las enfermedades con arreglo a su naturaleza, siguiendo un método que llamaban racional, llevaba puramente a la medicacion sintomática, a la anulacion de la terapéutica i detenía el impulso de los espíritus en la investigacion de las causas próximas de las enfermedades. Unificando demasiado, desconocía los caprichosos jiros que los modificadores jenerales imprimen a la naturaleza en el estado opuesto de la salud i tenia una pobre idea de la enfermedad. Todo el que haya visitado las salas de los hospitales, cualquiera que haya fijado alguna vez su atencion en el conjunto de síntomas que revisten las enfermedades, se habrá admirado de encontrar en muchas de ellas caracteres que las especifican i los individualizan notablemente, mientras que hai otras en que los síntomas jenéricos absorven por completo los caracteres especiales. Ahí están la sífilis i la escrófula. El fisiolojismo, invadiendo toda la nosolojía i aplicando una sola

lei a todas ellas, las desnaturalizaba i les desconocía toda esa especificidad o especialidad tan resaltantes.

De esta misma resistencia a los hechos, de esta misma estrechez de miras i de este mismo extravío médico, debia nacer el movimiento reaccionario que seria el golpe de gracia del fisiologismo. Tocóle a Laennec, a Louis, i a Bretonneau la gloria de ser los primeros demolidores del último sistema que haya tratado de enseñorearse en este siglo en las escuelas, concluyendo de sepultarlo la palabra elocuente de Trousseau.

Hoi la medicina, abandonando la rejion de las hipótesis i renunciando a las concepciones sistemáticas, huyendo de todo espíritu de doctrina, entra en un camino mas sólido i mas fecundo para su presente i para su porvenir. Escarmentada de los insucesos obtenidos por millares de teóricos, va mas derecho a su objeto, i busca su punto de apoyo en la observacion i en la esperimentacion.

Curar las enfermedades, aliviar de los dolores al organismo que se revuelca en el sufrimiento, hé ahí su pensamiento dominante. Está persuadido, como Sydenham, de que "el que llega a dar el medio de sanar de la mas leve afeccion es mas benemérito a los ojos de sus semejantes, que el que se hace notable por el esplendor de sus razonamientos i por esas pomposas sutilezas que lo mismo sirven al médico para curar los males que la música a un arquitecto para construir un edificio." Cree, como los quimiátricos del siglo XVI, que no hai ciencia posible sin un conocimiento profundo del organismo i de sus funciones, como el vitalismo de Montpellier, que valen mas los hechos que una hipótesis no demostrada, i trata de comprender, como el fisiologismo, el grito confuso de los órganos que sufren.

Pero en oposicion a todos ellos, huye de las sintetizaciones generalizadas que tratan de dominarlo todo; i sin cuidarse mas que de la verdad, prepara con ardiente entusiasmo i con infatigable constancia los materiales que deben servir al edificio futuro.

Comprendiendo la conveniencia de que el arte se termine en ciencia, estudia los fenómenos, investiga las causas próximas de las enfermedades, se eleva a la esplicacion de los hechos en

cuanto está en su dominio, abandonando a la psicología el campo que le pertenece.

Por eso pónese mas cuidado en investigar los fenómenos del organismo, en estudiar las enfermedades, en conocer su marcha i es mas reservada en su accion. No porque sea mas tímida, sino porque comprende mejor el alcance de sus medios i sabe de qué es capaz la naturaleza.

¿Cuándo, como hoi, se ha puesto mas atencion en conocer los productos mórbidos, los cambios sobrevenidos en las funciones del organismo, se estudian mas las causas que enjendran las enfermedades; se conoce mejor la histología, que ha llegado a ser histojenia? Arrojad una mirada sobre los maravillosos progresos que ha realizado la auscultacion i cuán adelante se encuentra el arte del diagnóstico, i decid cuándo la terapéutica ha sido mas racional i mas exacta.

“La medicina, siendo mas severa a medida que es menos ambiciosa, habiendo renunciado a los sistemas, pero a condicion de unirse a un método, dice un hábil pensador, se inquieta poco de saber si tal o cual medicamento obra en favor del humorismo o del solidismo, si se dirige al principio vital o a la sustancia orgánica etc. Lo que trata de determinar es si esta accion es real, cómo se comporta bajo su influencia el cuerpo en estado de salud (*accion fisiológica de los medicamentos*); o si el medicamento se ha suministrado en una enfermedad, cómo modifica los estados mórbidos existentes (*accion terapéutica*). A todas estas cuestiones la esperiencia sola puede responder. Tambien es a la esperiencia sola a la que se interroga, sin preocupacion doctrinal, dejándose guiar, mas no dominar, por todas las presunciones que sujieren, tanto la composicion química del medicamento, tanto por la accion de una sustancia análoga, como por el conocimiento de las mismas condiciones fisiológicas que parecen suministrar las principales indicaciones del tratamiento. Estas presunciones, para ser clasificadas entre los errores o las verdades, reclaman ante todo la contraprueba de la observacion.”

Pero hai aquí dos medios de que valerse para el estudio de los fenómenos complicados de la vida, dos medios que se completan i se ausilian: la observacion propiamente dicha i la espe-

rimentaci. La primera, que no consiste en el exámen mas escrupuloso de los hechos, en la mas sostenida atención i de la que ya nos hemos ocupado; la segunda es la contraprueba mas exacta de la observación, es la última operacion que despoja la incógnita del problema, es el medio mas seguro para fijar las leyes i las relaciones de los fenómenos, sea como causas, sea como efectos.

Dar por base a la medicina, como lo hacian los antiguos, puramente la observación i el raciocinio, es fijarla sobre bases estrechas i cortar el vuelo a nuestro espíritu inquieto por el exámen de las verdades complejas i por la investigación de los fenómenos múltiples que se presentan tan constantemente a nuestra vista. Es hacerla retrogradar hácia el pasado i despojarnos de los medios mas exactos de progreso.

En hora buena que las ciencias inaccesibles al espíritu humano i a la verificación de la esperiencia, permanezcan teniendo solo ese apoyo; mas no asi la medicina, que puede i debe considerar a la enfermedad como sujeta en gran parte a sus medios de estudios, como un problema que está a su alcance.

No por esto queremos decir que la naturaleza íntima de las enfermedades, que la esplicacion de todos los fenómenos de la vida se nos revelen, i que seamos capaces de penetrar los secretos misteriosos de ese principio o de esa fuerza que se ajita en todo organismo viviente, porque eso seria invadir otros dominios; pero puede conocer el mal en las causas próximas, es decir, en las condiciones orgánicas que la determinan i expresar las leyes del organismo enfermo.

Esta es la medicina esperimental, este el objeto que se propone i son aquellos los medios de que se sirve para estudiar los fenómenos complejos de la vida en todas sus manifestaciones. Este progreso de la última época, no solo ha dado ya los mas felices resultados, no solo ha facilitado la esplicacion de muchos puntos oscuros de la patojenia, no solo ha mostrado la encadenación misteriosa hasta ahora de numerosos hechos, sino que prepara un campo de abundante cosecha para el porvenir.

Si en medicina, como en toda ciencia, no debemos dar fé sino a los hechos o a las deducciones rigurosamente sacadas de la observación, ¿con cuánta mayor razon no debemos acojer un medio

que va a sorprender a la naturaleza en la elaboración i en la marcha de los fenómenos mórbidos? ¿Con cuánta mayor razón no acogeremos un medio de análisis tan exacto para el estudio de los fenómenos fisiológicos? Lo que aquella nos muestra al acaso, la experimentacion nos pone en condicion de realizarlo cuando queramos, con más la ventaja de asistir desde el principio a la evolucion morbosa i al desarrollo fisiológico del problema.

Pero esto ¿nos da derecho para esperar la esplicacion de los fenómenos íntimos de la economía, para penetrar la esencia de las enfermedades, para conocer las causas finales de las cosas, para aventurarnos en el estudio de las causas que determinan los actos funcionales? No, por cierto; estas cuestiones no son de nuestra competencia. La ciencia de la experimentacion se detiene en el punto conveniente, abandona tan falsas pretensiones, se declara incompetente para elevarse en el dominio de la metafísica, se mantiene en el terreno que le corresponde, i se limita a estudiar en todo su desarrollo a los fenómenos orgánicos, en determinar las condiciones de su manifestacion, para reproducirlos, si puede, en iguales circunstancias.

Trata de fijar las leyes de la vida en el estado de salud i en el de enfermedad, porque cree que no siendo mas que espresiones diversas de un problema biológico, puede analizarlo, interrogarlo, observarlo, estudiarlo como una ciencia objetiva; cree que en ese terreno puede aventurarse sin temor alguno.

Al atreverse en estas nuevas vias del progreso, la medicina no hace mas que aprovecharse del método seguido por las demás ciencias en sus investigaciones, porque está bien segura de que ese es el único camino verdadero, la única senda que puede conducirle al puerto de salvacion i proporcionarle las gloriosas conquistas que han hecho las demás. Convencida de que para esto necesita limitar el horizonte de sus investigaciones, se despoja de toda ambicion, renuncia a las concepciones sistemáticas prematuras, circunscribe su campo de accion, se muestra indiferente a los problemas irresolubles del por qué de las cosas i se mantiene firme en su puesto de ciencia objetiva.

Mas no por esto lleva su atrevimiento a suponer que los fenómenos que se pasan en el organismo de los seres vivos estén rejidos por las mismas leyes i sujetos a los mismos principios de

los seres inanimados. Comprende que hai entre ellos alguna diferencia, que sus propiedades no son iguales, que cada uno tiene sus atributos peculiares, i que la biología tiene sus leyes propias i sus fenómenos especiales.

Gracias a este nuevo sistema de estudio i de investigacion, las ciencias médicas se levantan a una altura considerable, han hecho una inmensa cosecha de preciosas nociones, que salidas del penetrante análisis, constituyen numerosas síntesis parciales que han esclarecido ciertas partes, hasta ahora profundamente oscuras, de la fisiología i de la patología.

Para realizar tantos progresos, para marchar con tanta ligereza en el camino de los descubrimientos, para hacer en medio siglo mas de lo que se ha hecho en miles de años, la medicina experimental ha tenido que renovar, por decirlo así, el estudio de cada uno de sus ramos i ha contado con el poderoso contingente que las ciencias accesorias le han suministrado.

Ahí está no mas la química que, llevando sus medios de análisis a todas partes, ha hecho las mas hermosas adquisiciones médicas i ha proporcionado los mas sólidos cimientos a la fisiología normal i a la patología. ¿Qué se sabria sin ella de los problemas oscuros de la digestion, qué de la hematología mórbida, qué de la glicojenia? Ciencia accesoria de la medicina, constituye hoi una parte mui integrante, sin la cual ningun médico puede pasarse. ¿Qué seria sin ella de la fisiología? “¿Será necesario, dice Dechambre, recordar la luz que ha esparcido desde hace veinte años sobre esta parte, poco antes oscura, del dominio médico? Todo el mundo está sorprendido; es preciso creer en ella como en el sol, i si hubiera que insistir sobre los hechos de este orden, seria menos para contar las conquistas ya realizadas que para mostrar las que puede prometer sin temor al ardor de los experimentadores. Al lado de la química fisiológica jeneral de los seres organizados i del hombre en particular, hai, si se nos permite la espresion, las químicas fisiológicas especiales inherentes a los climas, a los sexos, a los temperamentos, a las constituciones, a las edades, a las mil circunstancias de los medios de la alimentacion, de los hábitos sociales, de los ejercicios físicos e intelectuales. Los fisiologistas alemanes han ido lejos en esta via, mui lejos si se consideran las deducciones estremas o prematuras a que han llegado; pero ¿qué im-

porta? La parte positiva de sus trabajos, separada, decantada del sistema, no ha dejado por eso menos de un depósito considerable i precioso que se puede utilizar inmediatamente. La terapéutica, en fin, ¿no es a la química, asistida de la fisiología, a la que debe el ver claro en la accion de una multitud de medicamentos.?”

¿I el diagnóstico, diré yo, no le debe una gran parte en el esclarecimiento de los problemas que son de su competencia? ¿El análisis de las orinas, de la bilis, de los cálculos i de la sangre no nos da mas de una vez el conocimiento de la enfermedad i el de los medios para combatirla? ¿Cuántos problemas de patología no ha solucionado i esclarecido? ¿Cuántos servicios no le debe la materia médica?

La física no ha prestado menos su concurso a las ciencias médicas. Elevada por los descubrimientos modernos a una altura envidiable, la aplicacion de sus leyes a la mecánica animal, sus estudios sobre la electricidad, sobre las fuerzas, sobre la capilaridad, sobre la calorificacion, i sobre tantos otros puntos sometidos a su dominio, han impulsado a la medicina en una via de perfecto progreso i de una exactitud matemática.

Bajo la salvaguardia de esos dos métodos de análisis que se llaman la observacion i la esperimentacion, la medicina recorre con seguridad un camino que la llevará al esclarecimiento de los mas difíciles problemas, a la esplicacion de los fenómenos complicados de la vida. La fisiología i la patología, estas dos grandes ramas del árbol humano, se esclarecen bajo su influjo, entran en una nueva via i marchan con tranquilidad a la conquista de los mas grandes descubrimientos.

Mas para llegar a su destino, para conseguir el objeto que se propone, fáltale mucho todavía. Siglos necesitará para esclarecer tantos problemas complicados, tantas dificultades poderosas que la atajan. Mas al fin podrá acercarse a los lindes de la ansiada meta i transformarse casi de arte en ciencia. Entonces la luz se hará al rededor de tantas oscuridades que nos rodean; i sin poder alcanzar a dominarlo todo por lo limitado de nuestras fuerzas, la medicina del porvenir será a lo menos mas positiva i mas segura, i a la vez una conquista digna de la razon humana.

Hoy, señores, al arrojar una mirada a los progresos que ha realizado, alejadas las ciencias médicas de esas sistematizaciones estrechas, de esas hipotéticas bases en que se las fundaba, el espíritu se consuela i se alienta para marchar presuroso al porvenir.

Si no temiera abusar de vuestra benevolencia, os pintaría ese hermoso cuadro de la época moderna, os dibujaría la situación actual de la ciencia i del arte médico tan alhagüeña i tan brillante. En él veríamos a la anatomía profundizar en los tejidos i arrancar con el microscopio nociones de un valor inapreciable; a la fisiología normal elevarse con rápido vuelo en el estudio de las funciones i de los actos orgánicos; a la fisiología patológica conquistar un lugar envidiable al lado de aquella; a la patología trasformada por nuevos e interesantes estudios, a la anatomía patológica persiguiendo las huellas de las alteraciones mórbidas; veríamos al arte, sostenido por sus mas sólidos apoyos, hacer las conquistas mas brillantes i obtener los mas consoladores resultados.

La preciosa herencia que el pasado nos legara, por la observación atenta de las enfermedades, por el estudio sostenido de los fenómenos; lo que el espíritu moderno hace en el mismo sentido, imprimiendo a todo lo que está a su alcance el sello de la experimentación, ese crisol en que se depuran i se aclaran todos los problemas mas difíciles de la biología, todo se auna para hacer progresar a nuestro arte.

La medicina experimental debe ser nuestro guia i nuestra ambición. Preparemos, pues, los materiales del futuro edificio, arrojemos la simiente que debe fructificar en el buen terreno i dejemos al porvenir que fecunde i que levante. Está en nuestro deber, dice Pascal, dejar a los que vienen después de nosotros la ciencia en estado de adelanto mayor que en el que la hemos recibido.

Petit que, como os he dicho al principio, tuvo la suerte de asistir al derrumbamiento del fisiologismo que se entronizaba triunfante a principios del siglo, conocía cuán necesaria era imprimir a la enseñanza clínica una base mas segura que los sistemas i cuánto valor tenia esa tendencia elevada de la medicina moderna. Que sus discípulos, algunos de los cuales ocupan una posición distinguida, hablen por mí.